

Fuerza y fragilidad de los sujetos desidentificados. Reflexiones en torno a la subjetivación política

*Strength and Fragility of Disidentified Subjects.
Reflections on Political Subjectivation*

Valentine Le Borgne de Boisriou

Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina

Universidad París 7 - Diderot, París, Francia

valentinedeboisriou@sociales.uba.ar

ARTÍCULO DE INVESTIGACIÓN

Fecha recepción: 13 de octubre de 2014 · **Fecha aprobación:** 14 de enero de 2015.



Este artículo está publicado en acceso abierto bajo los términos de la licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 2.5 Colombia.

Resumen

Este artículo presenta las conclusiones de una investigación acerca de las formas adoptadas por la subjetivación política cuando esta se expresa en movimientos sociales. Este trabajo requirió del uso de un doble campo disciplinar, de manera que recurre tanto a la filosofía política contemporánea, y particularmente al pensamiento de Jacques Rancière, como a autores del corpus de la sociología política, específicamente a un eje de trabajo formado en Argentina alrededor de las movilizaciones populares y territoriales. Entre 2009 y 2012, se realizaron investigaciones en el marco de un trabajo de campo acerca de una organización territorial del Gran Buenos Aires. El objetivo de esas investigaciones era elucidar los modos de movilización de personas precarizadas, a partir de su entrada en la organización y hasta las particularidades de su movilización.

A partir de la cuestión de las relaciones de poder elaboradas por estos movimientos se elaboró, en el transcurso de la investigación, una reflexión en torno a las condiciones de producción de un cierto tipo de sujeto de la lucha, que en este artículo analizo en términos de subjetivación política. Por este motivo, presento la transcripción de uno de los relatos de vida más significativos obtenidos en el trabajo de campo, y lo articulo al propósito expuesto. Con este relato quiero explicitar la dimensión del desarraigo, o, en términos rancieranos, del desgarramiento que implica la irrupción de la política en una existencia. Al acercarme tan de cerca a la experiencia de la desidentificación como elemento fundamental de la subjetivación política, espero obtener una comprensión profunda de sus efectos en las existencias y, a su vez, de los efectos en la filosofía política de trabajos que dejen su lugar a las experiencias concretas, con toda la complejidad analítica que esto implica.

Palabras clave: política, sociología, movimiento político, movimiento de protesta, democracia.

Abstract

This publication presents the results of a research project on forms of political subjectivity in social movements. Conducting this research required a double disciplinary field, calling on the one hand on contemporary political philosophy, particularly the thought of Jacques Rancière, and on the other authors of the corpus of political sociology, drawing specifically on an axis of research formed in Argentina on popular and territorial mobilizations.

Between 2009 and 2012, I conducted a field research on the territorial organization of Gran Buenos Aires. The objective was to elucidate the modes of mobilization of people in precarious situations, starting from their entry into the organization to the particularities of their mobilization.

Taking as a starting point the power relations produced by these movements, there arose, in the course of the investigation, a reflection on the conditions of production of a certain type of subject in the struggle. In this article I propose to analyze this reflection in terms of political subjectivation. In this sense, I will present one of the most significant life stories obtained during the field study. This story will be used to explain the dimension of uprooting that accompanies the irruption of politics in one's existence. Taking thus the experience of disidentification as a fundamental element of political subjectivation, I hope to deepen the understanding of its existential effects as well as the effects in political philosophy as to the analytical complexity that a work on concrete experiences implies.

Keywords: politics, sociology, political movement, protest movement, democracy.

Este artículo presenta una investigación sobre la subjetivación política entendida, en un sentido rancierano, como producción, por una serie de actos, de una instancia y una capacidad de enunciación que no eran identificables en un campo de experiencia determinado, siendo que su identificación reconfigura este campo de experiencias (Rancière, 1995). Según nos dice el autor, “la subjetivación produce un *múltiple*, cuyo recuento entra en contradicción con la constitución de la comunidad sostenida por la lógica de la policía” (Rancière, 2009). El nudo entre subjetivación y multiplicidad que observamos en el pensamiento de Rancière determina un enfoque particular en cuanto al orden político y sus transformaciones. Me propongo aquí analizar esta relación a partir de trabajos de campo en los cuales he rastreado, en relatos de vida obtenidos de militantes en organizaciones barriales de los suburbios de Buenos Aires, las transformaciones a las cuales expone la entrada en la acción política pensada, en términos rancieranos, a partir de la brecha, del hiato en el orden de lo sensible. En efecto, pienso que la articulación de relatos individuales en los cuales queda explícita esta tensión entre interioridad y búsqueda colectiva de un orden más igualitario permite aportar elementos a la problemática aquí propuesta.

En la línea de reflexión impulsada por este *dossier*, propongo examinar el lugar de la desidentificación en la producción de una figura de subjetivación política. Además, porque, como lo explicita Rancière, una subjetivación se produce por una serie de actos, planteo aquí un rastreo de procesos de desidentificación a partir del trabajo de campo realizado con organizaciones territoriales situadas en barrios precarios de la zona sur del Gran Buenos Aires. Esto, creo, me debe permitir investigar las formas actuales por las cuales se elaboran prácticas políticas que hablan de usos irruptivos de los espacios públicos, de prácticas de la ciudadanía innovadoras que trastornan los regímenes del sentido común.

He organizado el trabajo de campo alrededor de un frente de movimientos de índole piquetero, el Frente de Organizaciones en Lucha (FOL). El Frente organiza distintos movimientos en la Capital, la zona oeste y la zona sur del conurbano bonaerense. He centrado mi atención sobre uno de ellos, el Movimiento Norberto Salto (MTNS), presente en diferentes barrios precarios del sur de Buenos Aires, donde la organización creó centros culturales, talleres, cooperativas de oficio, y donde organiza los tiempos y las modalidades de su acción contestataria, principalmente recurriendo a marchas, cortes de calles, escraches a funcionarios públicos, reclamos ante los diferentes ministerios. A partir de la observación par-

ticipante y de la recolección de relatos de vida, la pregunta que dio lugar al trabajo fue la de los motivos de la entrada en el compromiso político, tanto como la de los efectos de la acción política, con base particularmente en los actores de los movimientos y sus trayectorias.

Los movimientos barriales en Argentina, herederos de las movilizaciones piqueteras iniciadas poco antes de la crisis de 2001, tienen articulaciones complejas con el poder. Numerosos trabajos han indagado la calificación de la relación que construyen con el Estado, entre la búsqueda de autonomía y la tendencia a entrar en una red de relaciones clientelistas (Auyero 2001; Svampa, 2005; Vommaro, 2008). La tensión permanente entre estos dos polos de la acción colectiva en las organizaciones populares ha sido analizada de manera muy atenta por Denis Merklen, quien propone el concepto de *politicidad* para describir las formas específicas de la ciudadanía frente al desafío de la precariedad y la inestabilidad que caracteriza estos medios sociales (Merklen, 2005). En un contexto más amplio, la investigación que se presenta aquí, centrada en un caso específico y situada, entra en resonancia con otras experiencias sociales y, recíprocamente, con otros análisis en Latinoamérica. Me refiero en particular al trabajo de Raúl Zibechi (2012) acerca no solo del caso de los movimientos sociales en Argentina, sino de la articulación en América Latina de demandas llevadas a cabo “desde abajo” y de políticas de gobiernos que, en ciertos casos, se autodenominan “progresistas”.

Sin embargo, en este artículo no buscaré tanto entrar en estos debates, sino indagar por algunos elementos que he observado en los trabajos de campo y que se relacionan con la cuestión de los procesos de desidentificación que se encuentran en los actores cuyos relatos de vida he recogido. Propongo este enfoque “macro” de las luchas populares no porque suponga que la subjetivación política, en las formas actuales de los contextos socio-políticos, ya no puede apoyarse en sujetos colectivos, como fue el caso de las luchas que se articularon alrededor de la figura del proletario, por ejemplo, sino más bien porque creo que, a partir de investigaciones desarrolladas en el campo práctico de las experimentaciones políticas actuales, puedo aportar a la reflexión teórica, reformulando conceptos cuando sea necesario, profundizando líneas de investigación a partir de su manifestación en los actores. Creo así responder a una inquietud rancierana que se preocupa por una política que, si bien no puede ser pensada como mera combinación de experiencias individuales, implica la acción de colectivos que se apoyan sobre individuos que son capaces de pensar el mundo.

Este punto me permite, además, aclarar desde ya lo que no podría ser una figura de subjetivación política y, a su vez, insistir en el carácter fundamental de la desidentificación. Observamos luchas populares llevadas a cabo por sujetos insertados en un orden social en el cual ocupan una posición sometida a la dominación. Se trata, en mi trabajo de campo, de barrios donde el desempleo es común y se suele trabajar por *changas*, por empleos informales que otorgan recursos inestables. En este contexto, como bien lo han analizado Svampa y Merklen, entre otros, el trabajador deja de ser una figura de sentido, y cede su lugar a las identidades territoriales. Se lucha en el barrio, por el barrio. Esta nueva situación política, si bien permite el desarrollo de solidaridades muy fuertes y de experimentaciones políticas, como es el caso de las cooperativas de trabajo autogestionadas, está siempre al borde de resumirse en una lucha por la identidad, por la defensa de intereses particulares, cuando no en una lectura neoliberal del individuo como “empresario de sí-mismo”. Enfocar en la desidentificación en este contexto representa entonces un desafío político y teórico, el cual nos pide evaluar las experiencias contemporáneas con el fin de plantear pistas para un pensamiento de la emancipación que, a su vez, sea capaz de abrir nuevos horizontes políticos y asumir la complejidad de las situaciones en las cuales observamos los actores de las luchas presentes.

En mi investigación en los barrios precarios del Gran Buenos Aires, la pesquisa se formó alrededor de un eje que se impuso con cierta evidencia. Para los habitantes, la organización en un movimiento territorial les permite aportar a la existencia cotidiana gracias a contribuciones materiales y afectivas innegables (Auyero, 2001; Vommaro, 2008). Allí se ven hombres, y sobre todo mujeres, que encuentran no solo una fuente de ingresos, la oportunidad de un empleo, de conseguir donaciones de alimentos, sino también, y sobre todo, como lo subrayan las entrevistas, un lugar donde luchar entre varios¹. Resulta significativo, entonces, que la mayoría de los participantes sean mujeres. Así, Mirta, una de las mujeres con la cual he trabajado con relatos de vida, me confiaba que “después de haber criado a sus hijos y cuidado su casa toda su vida”, ella empezó a participar de las actividades del movimiento y logró mantener un equili-

1 Tanto la predominancia de las mujeres en las organizaciones barriales, como la importancia del lazo social como uno de los logros de la movilización son temas recurrentes en diferentes análisis de movimientos sociales desde una perspectiva antropológica. Acerca del caso colombiano, véase por ejemplo el reciente trabajo de Leidy Bolaños (2014).

brio con las exigencias de su marido, quien por las noches quería “verla en su casa a las 10 p.m.”. Durante varios meses, Mirta calculó entonces la hora a la cual tenía que retirarse de las actividades y las fiestas organizadas por el movimiento para llegar a tiempo a su casa. Pero esto sucedió solo hasta el 2010, me dijo, cuando hubo una fiesta en el centro cultural del movimiento. Aquella noche, aseguró Mirta, “no tuvo ganas de ir a tomar el colectivo” y se quedó en la fiesta. Por primera vez en su vida volvió sola a las 6 de la mañana. Después de esta noche, Mirta explicó a su marido que, desde entonces, “volvería a su casa al terminar las actividades, a la hora que sea”. Esta brecha que aparece de repente en la vida de Mirta, bajo la forma festiva del deseo de bailar, el cual causa una ruptura en el orden que dirigía su vida, el de la sumisión a su marido, constituye una entrada ideal en mi aproximación a la noción de subjetivación: vemos a una mujer que se extrae del orden de la dominación, que reivindica su autonomía, y descubre de golpe el gusto por ocuparse de sus asuntos, así que asume nuevas tareas en el movimiento. Sin embargo, otra mujer del movimiento, Matilde, me introdujo hacia un nivel de comprensión de los efectos de la organización, que más tarde, volviendo a analizar el conjunto de los relatos de vida, he observado en filigrana en la mayor parte de las entrevistas. Este artículo suspende entonces por un momento su curso analítico y deja el lugar a Matilde, a partir del análisis de su trayectoria tal como la he reconstituido con base en sus entrevistas.

El relato de Matilde. La imposibilidad de dejar el movimiento, la dificultad de seguir participando

La entrada más equivocada en el relato de Matilde, y en las representaciones que se hace de su actividad en el movimiento, consistiría en preguntarse si Matilde otorga o no un sentido político a sus actividades. En efecto, Matilde no pronuncia nunca la palabra “política”, en ninguna de sus entrevistas. ¿Debemos deducir de esto que la acción en el movimiento no es, según Matilde, de índole política o que sus propias acciones no lo son? Planteo aquí una primera hipótesis: Matilde no se pregunta si sus acciones son o no son políticas. Determinar el sentido de las acciones de Matilde, ¿será la tarea del investigador? ¿Sobre qué bases podría apoyarme para determinar la naturaleza de su accionar? Intentaré más bien acercarme a lo que dice Matilde. Estudiaré particularmente las disyunciones y las conjunciones que actúan en su relato. La escucharemos hablar de los diferentes momentos clave que vivió con

el movimiento, así como las situaciones en las cuales este irrumpió en su vida. En fin, analizaré el cambio del cual habla y la manera como ella liga el movimiento a este cambio.

Matilde, como la mayoría de los entrevistados, relata un evento del movimiento que la marcó particularmente. En su caso, se trata del Encuentro Nacional de Mujeres, que este año tenía lugar en el nordeste del país. El Encuentro reúne mujeres llegadas desde el conjunto de Argentina, pertenecientes a diferentes organizaciones de izquierda. En el transcurso del congreso se desarrollan conferencias, talleres de trabajo, marchas y actividades festivas. Mujeres de todo el país se encuentran, intercambian y trabajan. La recurrente confrontación con grupos religiosos y organizaciones católicas, este año, dio lugar a enfrentamientos y la policía intervino.

Se trata del evento más explícitamente político que Matilde menciona en su relato de vida, y si bien la marcó, también la asustó. Este congreso feminista despertó en Matilde sentimientos contradictorios. Ella quedó impresionada por la cantidad de mujeres que asistían. Decepcionada por los discursos, porque no daban respuesta a sus propias preguntas. Preocupada por los conflictos que se desataron y por su legitimidad, que no le pareció evidente. Emocionada por las marchas, asustada por la persecución de la policía, entusiasmada por la fiesta, conmovida por lo que aprendió sobre sus derechos.

Para participar del congreso, Matilde tuvo que demostrar coraje y firmeza: tuvo que encontrar quién le cuidara sus hijos, llevar con ella a los más jóvenes, convencer a los miembros de su familia opuestos a su viaje. El año anterior, Matilde había querido asistir al encuentro, pero había renunciado ante la hostilidad de su familia, que se expresaba de manera abierta, o por medio del rechazo, a cuidar a sus hijos en su ausencia. Se trataba de la primera vez que Matilde se iba sola, lejos de su casa.

En el Encuentro, Matilde evalúa lo que se dice alrededor de ella: los debates responden o no a sus preocupaciones, ve los conflictos y trata de situarse frente a estos: busca posicionarse en relación con un nosotros/ellos predefinido, y constata que no necesariamente le corresponde. También a pesar de haber sido perseguida por la policía, Matilde disfrutó del placer de estar junto a tantas mujeres.

Su principal experiencia en el congreso es la toma de conciencia de que tiene derechos, que hasta entonces se negó. Esta concientización se acompaña del dolor, cuando revive todo lo que ha asumido. El dolor es parte del relato de Matilde: cuenta de manera repetida que ella tomó

conciencia de cosas con el movimiento, que elaboró una imagen de sí a la cual busca llegar. Matilde quiere que su familia la respete, que sus hijos le obedezcan, para que los pueda educar. Pero estos deseos parecen muy alejados de su realidad cotidiana y Matilde sufre por no llegar a cumplirlos y por la poca ayuda que le proporciona su familia en sus tentativas para mejorar su existencia.

De regreso del evento, ella había decidido hacer valer sus derechos, e intenta involucrarse en su barrio. No encontró respuesta a sus preguntas en los debates del Encuentro, pero tomó conciencia de los problemas de su barrio y busca una solución. También afirma llevarse algunas enseñanzas y decide cambiar sus relaciones con la familia y actuar en el barrio. Sin embargo, Matilde nunca menciona la política.

Su camino con el movimiento parece, a primera vista, ante todo individual. Lo que le interesa es aprender cómo hacerse respetar. Ella quisiera lograr adecuarse a la imagen de la madre que considera oportuna. Sin embargo, prestando atención, podemos distinguir varias pistas que encuentra Matilde hacia una salida colectiva a las dificultades a las que se enfrenta. Antes de conocer el movimiento, Matilde había intentado organizar un comedor con sus vecinas para remediar la dificultad de alimentar a sus familias. Ahora, pasa todos sus días en el movimiento, es muy activa, asevera.

Imagino, pero no lo dice, que no está sola, que teje relaciones en el centro cultural del movimiento, que participa en las charlas y la vida del centro comunitario. Explica que ha tenido discusiones con vecinas, con otros miembros del movimiento, y dice que poco a poco aprende a resolver los conflictos charlando. Al final cuenta que quiere implicarse más directamente en la vida de su barrio y busca construir una estructura de apoyo dirigida a las madres ante los problemas ligados a las drogas.

Encontré la huella más llamativa de una relación de Matilde con lo político en una frase que ella deja sin terminar: “O sea, hay distintas cosas, la radio y el movimiento”. Se trata en este momento de uno de sus hijos. Sus hijos son los que, antes que ella, han establecido un contacto con la organización y han empezado a participar de los talleres de periodismo, antes de formar parte del movimiento y beneficiarse de un plan. Estar en el movimiento, entonces, es otra cosa que solamente participar de las actividades, y abre el derecho a un ingreso.

Volvamos a la pregunta inicial: ¿qué nos dice Matilde de su relación con la acción colectiva?, ¿qué nos dice de lo que el movimiento causa en ella, y de lo que ella hace con el movimiento? Al principio, en los pri-

meros tiempos de la entrada de Matilde a la organización, encontré una necesidad. Matilde no logra alimentar a su familia. Ella intentó salir del paso, junto con sus vecinas, pero no pudieron aguantar. Los alimentos nunca alcanzaban y las vecinas se desalentaron. Entonces, cuando Matilde vio que sus hijos traían alimentos del movimiento, ella se anotó. Ella aclara, sin embargo, que solamente quería los alimentos, no participar.

El movimiento satisfizo su necesidad de alimentos, lo que sin embargo ya ocurría cuando solo sus hijos participaban, pues Matilde explica que, cuando ellos se anotaron, fue una linda época porque tenían mucha comida. Entonces, ¿era absolutamente necesario entrar en el movimiento? ¿Será que quiso tener más, o que ya quería otra cosa? Planteo la hipótesis de que Matilde quiso recibir los alimentos por su cuenta, o que sintió curiosidad.

Sea lo que sea, Matilde ingresó al movimiento, y afirma que lo hizo por los alimentos. Entonces, algo pasó, pues agrega que, ya a partir del primer mes, pasaba todos sus días en el centro cultural y participaba de todas las actividades. Entonces encontró cosas por hacer, y, asegura, una familia. Al principio hay, así, una necesidad. ¿Tendremos que concluir que, después de la necesidad del principio, vienen cosas más serias, más nobles?

Podríamos decir que al principio hay una necesidad, y después hay otra necesidad. Más profunda, más difícil de satisfacer. ¿Podrían los alimentos haber constituido una excusa para que Matilde saliera de su casa, y, una vez fuera del hogar, en el cual se encerró veinte años, haya tomado gusto por su nueva vida?

Miremos atentamente lo que dice Matilde de sus inicios con el movimiento: asevera que estaba muy activa, que sobrepasó en mucho lo que le pedían y que poco a poco empezó a participar en todas las actividades. Añade que después “ellos” vieron que era muy activa, así que le propusieron formar parte del movimiento y empezar a elaborar un plan. Entonces, fue parte de la organización.

Vemos entonces aparecer un adentro y un afuera del movimiento, que diseña la línea de las pertenencias y las afiliaciones en el barrio. Los hijos de Matilde participan de las actividades, pero no son parte del movimiento. Ella también empezó participando sin formar parte. Finalmente entró el día que se lo propusieron. Así, no solo tuvo que ser aceptada, sino que existe una instancia que evalúa quién puede o no ingresar, además de los criterios que existan. Matilde pudo hacerlo porque alguien evaluó que era “muy activa”. Ella empezó a participar de “todo”,

es decir que comenzó a actuar como si formara parte del movimiento cuando, en ese momento, no lo quería, solo quería los alimentos. Sin embargo, no necesitaba hacer todo lo que ella empezó a hacer para recibirlos. Hay entonces dos hipótesis: o, desde el principio, quería formar parte y no se animó a pedirlo, o no sabía que le iba a gustar tanto y poco a poco se apasionó.

En fin, debo resaltar que Matilde juzga su situación y la evalúa con los criterios del movimiento: hay una diferencia entre participar de los talleres y formar parte de este, no es lo mismo hacer lo obligatorio, es decir, cuatro horas por semana para recibir los alimentos, que participar de verdad, ya sea arriba del mínimo exigido. En la vida de Matilde se ven dos tiempos: la vida con el movimiento, donde está “muy activa”, y la anterior, donde “no hacía nada”.

En los primeros tiempos hubo la multiplicidad de actividades, el placer de descubrir. Después aparecieron las dificultades, porque, dice, al principio le costó. La dificultad de aprender a expresarse en público. Los problemas con su familia. Luego están los tres años de Matilde con el movimiento, lo que le enseñó: cocinar, hablar ante una asamblea, conocer sus derechos, hacerse respetar. Y, otra vez, las discusiones con su familia.

Matilde pasó de ser una persona recluida en su hogar, en el cual reconoce que la maltrataban, a ser una persona activa en su familia. Conoce sus problemas y busca solucionarlos aliándose con quien pueda ayudarla. Conoce sus vecinos y, cuando discute con ellos, sabe resolverlo ante la asamblea. Dice vivir por la comunidad, y pasa sus días cocinando en el centro comunitario, dando su tiempo donde la necesiten.

Su entrada en el movimiento rediseñó sus relaciones con su entorno: sabe que puede contar con el apoyo de la organización, forma parte de una comunidad con ellos, y afirma que se trata de su verdadera familia. A su vez, su hogar ya no le parece su lugar, y si bien logró que su marido dejara de pegarle, la oposición de sus hijos a su nueva vida se hace cada vez más fuerte.

Cuando ingresó en el movimiento, se produjo una ruptura radical con su existencia anterior: se abrió hacia el barrio, experimentó la acción, separó los que la pueden ayudar de los que la oprimen. Matilde, entonces, no nombra la política, pero pasa sus días en el centro cultural, buscando cambiar las cosas en su barrio, y trata de afirmarse.

El movimiento, dice, transformó su vida, la hizo más rica y a su vez la complicó. Le es imprescindible como una fuente extensa de complicaciones. Matilde insiste mucho sobre lo que recibe, y poco sobre lo que

entrega. No parece darse cuenta de los esfuerzos que hizo y de lo que logró. Sin embargo, confiesa que ahora que salió de su hogar y empezó a actuar ya no puede renunciar.

Matilde no pide al movimiento que cambie las cosas. Ya lo intentó, sola, y tiene iniciativas propias que quiere implementar con los vecinos de su barrio que participan en este. Entiendo que para ella la organización no es una estructura ajena. La voluntad de unirse para cambiar las cosas pre-existe a la llegada de esta al barrio, y eso, a pesar de los intentos fallidos.

Podemos entonces llegar a pensar que el movimiento es, para Matilde, un espacio en el cual se reúnen las voluntades, donde reciben el apoyo de personas con más recursos. De esta manera, las voluntades se hacen eficaces. ¿Podríamos entonces decir que el movimiento llegó al barrio de Matilde y marcó el inicio de un proceso? Sin embargo, no sería correcto tampoco. Una vez que la organización está instalada, que los vecinos se reúnen y participan, sus iniciativas no se limitan a participar. Así, Matilde volvió del congreso con sus proyectos para el barrio. Identificó un problema: las drogas. Un público: los jóvenes (muchos jóvenes, en el barrio de Matilde, están en situaciones muy profundas de adicción). Matilde tiene una idea para solucionar este problema: hay que ayudar a las madres de los jóvenes. Este proyecto es producido por la experiencia de Matilde: es una situación que conoce bien y vive en su casa.

Podemos plantear, a su vez, que participar en el movimiento la puso en una situación que le permite pensar ya no solo en sus problemas, sino también en el hecho de que estos son compartidos por otros, y que puede resultar interesante, juicioso y reconfortante resolverlos entre varios. Sin embargo, cabe señalar que Matilde no quiere esperar que la organización resuelva su problema, quiere aportar su solución. El movimiento es el medio por el cual Matilde llega a pensar que es entre varios que se podrán arreglar las cosas, por el cual identifica un problema y se siente capaz de enfrentarse con este. Quiere ocuparse ella, con sus vecinas, con el apoyo del barrio, pero con sus propias fuerzas.

Un relato como el de Matilde me permite diseñar los contornos de la subjetivación política tal como se expresa en una organización barrial como la que he descrito. Matilde produce el relato de su vida antes del movimiento en términos muy negativos. Así, la primera entrevista empezó así: “Yo, antes, no era nada”. Es la expresión más radical de un eje constante de las entrevistas que divide las existencias en un modo binario: el antes y el después del movimiento, que reconfigura la relación consigo mismo y con el mundo. Así, hay que superar la falta de estima

hacia sí mismo para creer que lo que uno va a decir cuenta, y tiempo después, sentirse capaz de asumir responsabilidades. Hay que encontrar la manera de conciliar su antigua vida de ama de casa y madre de familia numerosa con sus nuevas responsabilidades, administrar el tiempo entre el hogar y la militancia, calmar los conflictos que nacen con la pareja alrededor de estas cuestiones.

Sin embargo, identifiqué en las entrevistas, de manera repetitiva, una parte turbia introducida por estas transformaciones: el tiempo requerido por la militancia y la participación de las numerosas actividades del movimiento sale del tiempo personal y del tiempo dedicado a la familia, a los niños, a las parejas. Sobresale entonces del análisis que la entrada en la política introduce un nuevo conflicto que se desarrolla en el plano íntimo y que se expresa de manera difusa en las entrevistas, y de manera más clara en el relato de Matilde que he presentado.

Los individuos subjetivados no trascienden sus propias existencias. Al lado del orgullo ante el camino recorrido, los progresos logrados, y las ganas de seguir avanzando, están las discusiones con la familia, las tensiones en la pareja, el tiempo “robado” a los hijos, y vemos ahí aparecer la incertidumbre de la subjetivación, que transforma a los individuos y los desplaza hacia un lugar indefinido. No es casual que la mayoría de las personas que he entrevistado mencionen, en algún momento de su entrevista, la posibilidad de dejar el movimiento. Si bien casi todas las mujeres señalan esto, por motivos similares, aluden también al dolor que les provocaría hacerlo. Así, Matilde, en una entrevista, presenta la brecha en la que la colocó su trayectoria con la organización: por una parte, su actividad complicó su vida familiar hasta un punto tal que ya le parece imposible seguir participando; por otro, los cambios que esta actividad ha operado en ella, la apertura de nuevas posibilidades y las nuevas facetas de su personalidad que descubrió, le impiden renunciar a estos nuevos horizontes, y “volver a su casa”. En estos términos, se asemeja a una amputación.

Llegados a este punto, podemos acercarnos a un pensamiento de la emancipación conducida a partir de la idea de subjetivación política. En efecto, cuando nos interrogamos sobre los motivos de esta ambivalencia de los relatos de vida, distintas hipótesis se presentan. Ante todo, podré acercarlas a un punto estudiado por Denis Merklen (2005, 2009). Así, la lógica del cazador sería propia de individuos cuyo entorno no está fundamentado sobre ninguna base firme, donde la fluctuación de las oportunidades, de los apoyos –ya sean institucionales o informales– impide la proyección hacia el futuro e introduce la necesidad de acumular las

fuentes de recursos posibles. Así, los miembros del FOL tienen siempre presente la posibilidad de la desaparición del movimiento, lo cual explica un eje recurrente de las entrevistas en el cual las personas aseguran que, si llegara a desaparecer la organización, ellas sabrían seguir solas gracias a lo que aprendieron allí. Sin embargo, la brecha introducida por Matilde es de otro tipo.

Experimentar la movilización en una organización como el MTNS desplaza los individuos, trastorna sus horizontes de esperanzas, introduce una nueva relación con el mundo. Particularmente en el caso de las mujeres movilizadas, que dejan su hogar y desarrollan una existencia enriquecida por las múltiples facetas de la organización colectiva. Sin embargo, sus mundos de origen siguen siendo los mismos. He ahí una de las contradicciones que he observado en cuanto a la organización del MTNS. Esta propone un camino emancipatorio que sigue pasos predefinidos, inspirados por los fundamentales de la lucha de clases. Por otra parte, las denominaciones que se usan en el conjunto del movimiento, entre “militantes” y “compañeros de barrio –o de base–”, generan una escisión que parece difícil de superar. Esta identificación se reproduce, por otra parte, en las perspectivas de emancipación ofrecidas por el movimiento. Así, el futuro propuesto a los compañeros es la toma del poder al término de la lucha de clases. Es la razón por la cual deben formarse. La concentración de los esfuerzos de la organización en esta perspectiva predeterminada tiene por efecto la paralización de las relaciones posibles entre sus miembros. En un primer momento, en la medida en que la posibilidad de evolución de los compañeros está delimitada por la identificación con los modelos encarnados por los delegados del movimiento. En un segundo momento, porque el progreso propuesto es, ahí también, su identificación con los modelos planteados, su apropiación de ciertas posturas y discursos. Pero, por último, esta situación revela efectos secundarios acerca de los cuales mi atención se concentró particularmente: fijando los horizontes de la lucha por la emancipación y las condiciones que permitirán alcanzarlos, la organización pierde de vista los mundos vividos y transitados por sus miembros, los universos en los cuales ellos están insertados. Al no tomarlos en cuenta, deja escapar sus transformaciones. Es la razón por la cual considero que la lucha de un movimiento como el que he estudiado, independientemente de la cuestión de sus objetivos en torno a la lucha de clases y la toma del poder, ignora una parte de sus efectos, manifestados en la experiencia cotidiana de la organización en los barrios.

Se expresa en estos relatos el daño de la subjetivación, tan claramente evocado por la historia de Matilde. La experiencia de la movilización transformó, lo hemos visto, sus perspectivas y sus esperanzas, así como modificó profundamente su percepción de sí misma. Sin embargo, este camino emancipatorio está limitado por una doble contradicción. En un primer plano, porque Matilde cambió, pero sus seres cercanos siguen siendo los mismos. Ella ya no puede satisfacerse de su reclusión en el hogar, pero su familia le exige que siga cumpliendo. Es el motivo por el cual Matilde, tal como muchas mujeres del movimiento, lo considera como una fuente de problemas. En un segundo plano, las estructuras de la organización no piensan en la posibilidad de una vía de emancipación diferente de la que, de manera predefinida, quisiera ver a Matilde alzarse hacia la altura de los delegados y tomar la palabra para pronunciar sus discursos. ¿Qué podría ocurrir si Matilde de repente dice algo diferente de los enunciados revolucionarios previstos?

La brecha en la cual se sitúa Matilde aparece entonces acotada por dos imposibles: le es imposible retroceder y volver a su situación anterior, pues ya no es suya, pero tampoco logra percibir cómo podría seguir avanzando con un movimiento que, por una parte, le crea demasiados problemas, y por otra, propone como horizonte de emancipación la adecuación a figuras demasiado alejadas de ella para que pueda imaginar alcanzarlas un día.

Esta doble tensión me permite considerar las trayectorias de los militantes de las organizaciones territoriales como ejemplos de la articulación contradictoria de la subjetivación política y de la emancipación, cuando estas se oponen a todo proceso de identificación. Esto me da la posibilidad de acercar la experiencia de los compañeros organizados en los barrios de Buenos Aires a la de los obreros anfibios presentados en la obra de Jacques Rancière (2007), cuando

en los folletos y los periódicos de los obreros [...], parecía que no se trataba ni de obtener un saber que faltaba ni de afirmar la voz propia al cuerpo obrero. Se trataba más bien de despojarse de un cierto saber y de una cierta voz. La posibilidad de una palabra propia a la comunidad obrera pasaba por la desidentificación de un cuerpo, de una cultura y de una identidad obrera dados.

Estas líneas nos llevan a interrogar las perspectivas abiertas por tales movimientos en relación con la necesaria identificación, tanto con las figuras-modelos de los militantes, como con las recetas de la emancipa-

ción. Se espera de los compañeros que tomen por su cuenta la defensa de una identidad y defiendan sus intereses en un conflicto cuyas partes y etapas los precedan. Al revés de esto, el daño manifestado por estos militantes inadecuados hace de ellos unos individuos acarreados por la lucha, transformados por el aprendizaje de la organización colectiva. En esto ya no se parecen a sus mundos de origen, sin llegar tampoco a adaptarse a la promesa que se les hizo. ¿La brecha, el entre-dos en el que están situados, los podría hacer corresponder a estos seres anfibios denunciados, nos dice Rancière, por Platón y Marx: viajeros entre mundos y culturas, nublando el reparto de las identidades, las fronteras de las clases y los saberes, que llevará, según Rancière, el sueño de la emancipación obrera?



Reconocimientos

En este artículo se presentan los resultados de una investigación desarrollada en el marco del programa de doctorado entre la Universidad París 7, París, Francia y la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina. La doctorante es becaria del Conicet (Argentina). El artículo forma parte de los proyectos ECOS “Espacios públicos y conflictividades democráticas” (Argentina-Francia) y “Comprender la subjetivación política hoy. Experiencias y conceptualizaciones” (Colombia-Francia), financiados por ECOS-Nord.



Valentine Le Borgne de Boisriou

Doctora de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina, y la Universidad París Diderot-París 7, París, Francia. Becaria del Conicet, Argentina. Auxiliar del área Epistemología y Estudios Filosóficos de la Acción, del Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina. Es integrante de los proyectos ECOS “Comprender la subjetivación política. Experiencias y conceptualización” de la Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia, Universidad París 7, Francia, y UBACyT “Cartografías de la ciudadanía contemporánea”, del Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires.

Referencias

- Auyero, J. (2001). *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*. Buenos Aires: Prometeo.

- Bolaños, L. (2014). La gestión del desplazamiento interno en Bogotá como una forma de vida. *Revista Colombiana de Antropología*, 50(1) (enero-junio), 35-53.
- Merklen, D. (2005). *Pobres ciudadanos*. Buenos Aires: Gorla.
- Merklen, D. (2009). *Quartiers populaires, quartiers politiques*. París: La Découverte.
- Rancière, J. (1995). *La Méésentente. Politique et philosophie*. París: Galilée.
- Rancière, J. (2007). *Le philosophe et ses pauvres*. París: Flammarion.
- Rancière, J. (2009). *Et tant pis pour les gens fatigués*. París: Amsterdam.
- Svampa, M. (2005). *La sociedad excluyente, la Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.
- Svampa, M. (2008). *Cambio de época*. Buenos Aires: Clacso.
- Vommaro, G. (2008). Diez años de *¿Favores por votos?* El clientelismo como concepto y como etiqueta moral. En E. Rinesi, G. Vommaro & M. Muraca (Comps.), *Si este no es el pueblo. Hegemonía, populismo y democracia en Argentina* (pp. 141-151). Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Vommaro, G. (2008). El trabajo territorial y comunitario en las organizaciones de trabajadores desocupados: el caso del MTD de Solano. En S. Pereyra, G. Pérez & F. Schuster (Comps.), *La huella piquetera*. La Plata: Ediciones Al margen.
- Zibechi, R. (2012). *Territorios en resistencia. Cartografía política de las periferias latino-americanas*. Buenos Aires: Lavaca.